LA ESTRELLA

REVISTA MENSUAL INTERNACIONAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

EN ESPAÑA: Un semestre .... 3 ptas. Un año .... 6 »

EN MÉXICO: Un trimestre .... $ 0,75 Un semestre .... » 1,50 Un año .... » 3,00

Para los demás países, el precio será de un dollar cincuenta centavos, y sólo se servirán suscripciones anuales

= NÚMERO SUELTO, 60 CTS. =

Año II. • Número 5 Mes de mayo de 1929

SUMARIO

OTRA. Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., con fecha 10 de Agosto de 1928.

La correspondencia a la Editora de esta Revista doña Guadalupe G. de Joseph, Sierpes, 78, SEVILLA

Todo envío de dinero al Tesorero don Máximo Maestre, Cava Alta, 11 bajo, MADRID

Edificad sobre la comprensión

Por J. KRISHNAMURTI

Esta Conferencia fué dada a los estudiantes en el Castillo de Eerde, en Ommen, Holanda

Me agradaría resumir cuanto os he dicho durante la última semana para aclararos mis puntos de vista.

Para mí lo más importante es tener el deseo de libertad, pero no basado sobre autoridad personal, no en personales grandezas o deseos, sino por el valor intrínseco de esa libertad que trae consigo la felicidad. Y no debéis desear ser libres porque yo lo quiera, no habréis de querer ser felices sólo porque lo desee yo. Habréis de desear la felicidad con un anhelo nacido en vosotros como resultado de grandes luchas, de grandes sufrimientos y grandes anhelos; si no tenéis este deseo de libertad es porque vuestra estructura está basada completamente sobre autoridad, y por ello será sacudida y destruída en el proceso mismo de su construcción. Lo que ha de durar siglos no es la labor de un hombre solo. Las sociedades, instituciones y cuerpos religiosos que se basan sobre la idea de un hombre o en su autoridad o personalidad están en peligro de ser pervertidos y deformados.

Si este punto adquiere claridad en vuestras mentes, vuestra comprensión no será sacudida por la autoridad o por el aplastante esplendor de ninguna personalidad. Si buscáis la comprensión que está basada, no en el encanto o la elocuencia o la luz de otro individuo, sino en vuestro propio deseo, entonces perdurará; de otra manera perecerá.

Yo no deseo tener seguidores, porque en el momento en que seguís a alguno no podréis en realidad construir; yo nunca he deseado tener discípulos. Aborrezco simplemente la idea de que alguno se llame mi discípulo. Sed más bien discípulos de esa comprensión, que es el fruto del pensamiento maduro y de grandes amores, sed el discípulo de vuestra propia comprensión.

Digo esto con absoluta seriedad; tan seriamente, que sobre este punto no haría la menor concesión a nadie, por grande que fuese. Si en realidad seguís vuestra comprensión de la Verdad, me seguís a mí, me comprendéis. Pero si solamente seguís la comprensión de otro, estáis traicionando todas las verdades y destruis con una mano lo que edificáis con la otra.

Me preguntáis cómo podríais llevar mi mensaje al mundo. Si ese mensaje no es también el vuestro, no tendrá valor alguno. Si váis a convertiros en discos de gramófono repitiendo mis frases, haréis otra sociedad, otra religión, otro templo en el que ahogaréis la vida. Para convencer a otros de la verdad de la comprensión que habéis obtenido aquí, debéis convertiros vosotros mismos en ese mensaje.

Si mi autoridad o mi personalidad pueden sacudir vuestras emociones y vuestro pensamiento, de la misma manera la autoridad y el encanto de otro podrá trastornar toda vuestra comprensión. Si basáis vuestra comprensión sobre autoridad o adoración personal, no puede tener bases duraderas, y es de la mayor importancia comprender esto.

En los tiempos antiguos, la autoridad de las adquisiciones de un hombre era utilizada para extender su enseñanza y comprensión de la vida. Ahora no debe ser esto, por el contrario, las adquisiciones de un hombre deben despertar vuestra propia comprensión; con la fuerza de esa comprensión iréis al mundo y no con la bandera personal de la autoridad o las adquisiciones de otro.

Sería para mí mucho fácil decir: «Citad mi palabras, utilizadme como vuestra autoridad para extender lo que yo enseño». Pero si tal hiciérais el mensaje no sería de vuestra propia comprensión. Si comprendéis y realmente estáis viviendo esa comprensión, en vuestra vida diaria no habrá corrupción o limitación de la verdad.

Yo no quiero construir. Vosotros, los que vivís en Eerde, estáis construyendo este sitio con vuestra propia comprensión de la verdad, y si vuestra comprensión es pequeña, vuestra estructura será pequeña. Si la basáis sobre autoridad, se desmoronará; pero si vuestra comprensión es grande, vuestra estructura será grande y duradera y resistirá las tempestades.

No os dejéis seducir por mis palabras, pensad profundamente en la Verdad que os presento. Podéis hacer de vuestra vida en Eerde un espejo, en donde el esfuerzo individual para comprender sea reflejado sin empañarse.

En casi todas las instituciones la organización se traga a los individuos que la componen, y al hombre que las ha creado. Cuando su fundador desaparece, la prístina belleza de su idea desaparece también.

Los cimientos sobre los que elevéis vuestra construcción deben ser la comprensión de la libertad. Haced lo recto, porque sois vosotros mismos quienes deseéis hacerlo. No yo ni otro alguno han de deciros lo que es correcto. Si empezáis a trabajar llevando esta idea, precisa que seáis francos con vosotros mismos. No os engañéis con bellas ideas, con deseos personales, con personales prejuicios y estrechas comprensiones. Si os sentís coléricos, pero admitís francamente que lo estáis, esa misma franqueza matará la cólera. Pero si sois violentos y tratáis de cubrir esa ira buscándole excusa en la culpa de otro, nunca la venceréis. Lo propio ocurre con la pasión. Si tenéis pasión física y aprendéis a investigar su causa y no os engañáis, entonces esa pasión no se convertirá en amo vuestro. Si deseáis hacer alguna cosa contraria al orden establecido en la sociedad, ya sea la sociedad del mundo o la de alguna secta o religión, y habéis pesado cuidadosamente las consecuencias de vuestra acción, tenéis el derecho de hacerlo; haréis lo que es bueno para vosotros. Pero esto requiere inteligencia y un examen impersonal de vosotros mismos sin dejaros arrastras por las pequeñeces y cosas sin importancia.

El mundo sufre por los dictados de la autoridad, y por ello debe impulsársele para que busque la comprensión. Cavad un pozo en vuestro jardín y no sigáis a la multitud que va lejos para buscar la fuente.

Tendremos muchas dificultades aquí, en el futuro. Yo tengo la esperanza de que cada año aumenten estas dificultades, y mientras mayores sean éstas, mayor comprensión ha de necesitarse. Por eso me agrada vencer tremendos obstáculos. Tal vez parezca duro el desear tal cosa desde cierto punto de vista, pero si miráis esto sanamente y con equilibrado juicio, convendréis conmigo.

No deberéis hacer de este sitio un monasterio moderno, lleno de comodidad, en donde vengáis a libraros de las cosas difíciles, en donde no se necesite el esfuerzo individual sostenido, en donde se teman los conflictos emocionales y los levantamientos. Después de todo, ¿cuál es

la característica del verdadero genio? El poder de vencer las circunstancias a la luz de su percepción de la Verdad. Si su percepción es pequeña, poco será lo que conquiste; pero si su percepción es amplia sus deseos serán inmensos, y buscará formidables dificultades para vencerlas.

El deseo puede aumentarse y hacerse magnífico sólo por la verdadera percepción. Si vuestra percepción es limitada, limitados serán vuestros deseos. Pero si la percepción es tan vasta y libre como los anchos cielos, los deseos serán grandes, libres y sin trabas. Cuando tengáis esa grande percepción, ya no os sentiréis atados por las envidias, la cólera, el temor, los gustos y disgustos.

Es vital que comprendais, que me destroceis para comprender, porque sois vosotros quienes vais a construir, no yo. Si tenéis la verdadera comprensión de la vida, ésta afectará vuestra conducta, vuestra manera de hablar, de sentir. Si estáis disgustados, envidiosos y llenos de vosotros mismos, ello os demuestra que no habéis obtenido todavía gran percepción. Debéis vigilar para no perder un solo incidente en vuestras vidas del que podáis sacar la esencia.

Vais a crear la opinión pública, iréis al mundo llevando el perfume de Eerde. Si vuestro perfume de comprensión desaparece después de unas cuantas horas de estar expuesto a la clara luz del sol, no tiene valor alguno.

Es esencial tener esta amplia vista, esta verdadera percepción, esta comprensión y amor de la vida. Sobre ello podréis erigir una estructura que nunca pueda ser destruída.

Cuando sois verdaderos podéis obrar con verdad. No podéis separar vuestro ser de vuestros actos. Si sólo hubiese en el mundo unos cuantos que comprendieran, crearíamos un mundo nuevo, alteraríamos la expresión de la vida. Pero si no hay comprensión se creará otra religión, otra secta, otra iglesia y otro Dios.

No anhelo otra cosa en la vida que tener la capacidad de perder el yo separado, porque entonces seré capaz de olvidar el yo y de indentificarme con el resto del mundo.

«Reino de la Felicidad».—J. KRISHNAMURTI.

La Fuente de Sabiduría

Por J. KRISNHAMURTI

(Continuación)

III

La mayor parte de nosotros con entera sinceridad buscamos al Gran Instructor; buscamos a Aquel a quien amamos, origen de todas las cosas, fuente de la perfección y de la belleza.

Siendo éste el caso, naturalmente deseamos aquella perfección, aquella belleza, y deberemos, en consecuencia, concluir con todo fenómeno externo, con todas aquellas cosas que nos fascinan con aquellas frases y aquellas etiquetas que hemos inventado. Tenemos que desechar todo esto.

Desearía exponeros mi punto de vista para que fuera escudriñado por vosotros; y si lo encontráseis bueno, lo siguiéseis, de acuerdo con vuestra mejor y más alta capacidad y vuestra intuición más pura.

Mi punto es el siguiente: Vosotros habéis estudiado durante muchos años y habéis aprendido en muchos libros; tenéis distintos temperamentos; sois tipos diferentes de individualidades—diferentes de otros y de mí—y habéis aprendido que cada uno de vosotros tiene en la vida un papel particular que desempeñar. Así, durante todos estos años habéis estado tratando de llenar el papel que por vosotros mismos habéis encontrado, que era el vuestro. A lo largo de ese sendero que considerásteis el más alto, habeis dirigido vuestros pasos con firmeza o débilmente, ya con vuestra frente en alto o con andar inseguro, habéis marchado por ese sendero que pensásteis conduciría a la nobleza, a la belleza, a la perfección.

Vendrá un tiempo en que os preguntareis: ¿Qué he hecho con todo aquel conocimiento, con todas las etiquetas, con todas las frases y con toda esa jerigonza que he aprendido? ¿De qué manera he creado, en qué forma he contribuído para llevar alegría a aquellas personas que sufren y que ansían y desean aprender, a aquellos seres enredados en la oscuridad?

¿Qué habéis logrado con vuestras frases, vuestras etiquetas, vuestros libros?

¿A cuántas personas habéis hecho felices, no con las cosas que pasan, sino con aquellas que son eternas?

¿Habéis dado la felicidad que dura, la felicidad que nunca declina, la felicidad que no se oscurece con el paso de ninguna nube?

¿En qué forma habéis construído un muro protector para evitarle al prójimo que caiga en trampas?

¿En cuánto habéis contribuído para la construcción de una baranda protectora a lo largo de aquel río profundo en el cual todo ser humano está en peligro de caer?

¿En qué forma habéis ayudado en su ascensión a aquellas personas que desean subir?

¿Cuánta ha sido vuestra ambición de conducir a alguien hasta aquel Reino de la Felicidad, hasta aquel jardín que siempre está iluminado, cuya belleza nunca se altera?

Deberíais interrogaros, razonar con vosotros mismos, en la forma en que yo me he interrogado, en que yo he razonado conmigo mismo.

Nosotros inventamos palabras para satisfacernos.

Con todo ese bagaje que poseéis, con todas estas cosas que consideráis vitales y de importancia, ¿qué habéis hecho?

¿En qué manera habéis hecho relucir esa joya preciosa, para que ilumine y guíe al mundo entero?

¿Qué habéis dado, de qué manera habéis crecido, en qué forma habéis guiado a otros?

Es muy grato y mucho satisface llamarnos por diferentes nombres y considerarnos de diferentes tipos y segregarnos y pensar que somos diferentes del resto del mundo.

Y si vosotros sois todo esto, ¿habéis libertado uno solo de las garras del dolor?

¿Alguno de vosotros me ha dado la Felicidad —«a mí»—persona cualquiera?

¿Alguno de vosotros me ha librado de algún dolor?

¿Alguno de vosotros me alimentó con pan del cielo cuando tuve hambre?

¿Alguno de vosotros ha sentido tan intensamente que hubiera podido reemplazar al que sufría?

¿Qué habéis producido, qué habéis dado a luz?

¿Cuál es vuestro trabajo?

¿Por qué habéis de ser vosotros distintos por pertenecer a sociedades diferentes, a diferentes sectas, o por tener diferentes temperamentos?

¿En qué sentido sois diferentes de mí?

¿Cuál es vuestro trabajo y cuál vuestro propósito?

¿En qué habéis empleado vuestros días?

¿En qué forma habéis desempeñado vuestro cometido en aquellas cosas que se dan y en qué condición y en qué actitud os mantenéis?

Y ¿cuál ha sido el significado de todo esto para cada uno de vosotros?

Y ahora yo, siendo una persona cualquiera, os pido que miréis mi punto de vista; solicito que vengáis a ver por mi ventana, que os dejará ver mi cielo, mi jardín, mi morada.

Y entonces veréis qne lo importante no es lo que hagáis, ni lo que leáis, ni lo que la gente diga que sois o que no sois, sino el estar poseído del deseo intenso de penetrar en aquella morada en donde reside la verdad.

Porque allí existe la felicidad verdadera, porque sólo allí encontramos el único Reino cuya posesión vale—no en palabrería vana.

Yo os pido que vengáis a verlo, os pido que vengáis a sentirlo, os pido que vengáis a pensar, a reflexionar sobre él, y que no me digáis: «Oh, vos sois diferente, estáis sobre la cima de la montaña, sois un místico.»

Vosotros hacéis frases y encubrís mi Verdad con vuestras palabras.

No deseo que vosotros abandonéis todas vuestras creencias.

No deseo que neguéis vuestros temperamentos.

No deseo que hagáis aquello que no sintáis que está bien.

Pero, ¿hay alguno entre vosotros que sea feliz?

¿Alguno de vosotros ha experimentado la eternidad?

¿Sabéis vosotros lo que es la Inmortalidad, lo que es la Verdad? Por eso solamente seréis juzgados, y por ninguna otra cosa.

No inventéis frases; no cubráis la Verdad con cosas que no son reales, que no tienen un propósito definido, que carecen de vitalidad, que no os llenan de fortaleza y éxtasis en su finalidad.

Os digo que si vais a aquel Reino y vivís y moráis allí, poseeréis entonces la chispa del genio, perteneceréis a la banda de los verdaderos constructores que llenan el mundo de Felicidad. Entonces daréis, produciréis, y lo que quiera que hagáis llevará la marca del creador.

Yo os digo que me asiento en terreno más firme, en terreno más hermoso, con mayor fortaleza, mayor gloria, que aquellos que están en el pantano, que aquellos que creen que por ser muy difícil romper todas las cosas que han creado, es muy difícil alcanzar mi Reino, es muy difícil venir aquí.

Pero con toda seguridad, si estuviéseis en el pantano no dudaríais en saltar a terreno más firme, en que hubiera luz de sol, frescor y aire puro.

Debéis escoger.

¿Qué importan los temperamentos o los títulos, si habéis entrado en aquel Reino que es el origen de la verdad, el origen de la eternidad, en que dejáis de ser como entes separados?

¿Por qué dudáis en venir y ver? Yo no os pido que me sigáis; pero sí os digo que vengáis a mirar aquellas cosas que son reales, que son permanentes.

Yo os preguntaría, como miembros de la Estrella que sois, que creéis en Su venida, que sabéis lo que significa respirar el mismo aire que Él respira, que sabéis lo qne significa mirar la misma luz del sol que Él mira, que os regocijáis con la misma flor que a Él le place; yo os preguntaría: ¿Pretenderíais vosotros doblegarle a Él, a vuestro temperamento, hacerle creer a Él, en las cosas en que vosotros creéis? ¿Pretenderíais persuadirle a Él, que vuestro sendero es el mejor sendero? Porque si pretendiérais hacer todo eso, encontraríais haber perdido toda la gloria, haber perdido la preciosa joya, que el sol se ha puesto para vosotros, y que no tendréis un nuevo amanecer. Todos teméis, porque no os atrevéis a salir de vuestro pequeño sendero, de vuestra pequeña ventana y caminar con Él. Queréis que Él vaya con vosotros, con vuestras ideas, vuestras idiosincrasias y vuestras particulares fantasías.

Pero se aproxima el tiempo, y se aproxima más de prisa de lo que sois capaces de realizar,

mucho más feliz de lo que sois capaces de concebir, una época en que debéis escoger. Hemos hecho uso de estas palabras miles y miles de veces, pero no han significado nada. Ha llegado ya el tiempo en que tenéis que escoger si vais a seguirle, a respirar el mismo aire, a ascender a la misma montaña, a lo largo del mismo sendero, o si vais a tratar de doblegarle a Él a vuestra particular voluntad, a vuestro particular temperamento, a vuestros particulares prejuicios. Eso no será.

Porque yo pertenezco a todas las gentes, a todos los que verdaderamente aman, a todos los que sufren.

Y si deseáis caminar, tendréis que caminar conmigo.

Si deseáis entender, tendréis que mirar a través de mi mente.

Si deseáis sentir, tendréis que sentir a través de mi corazón.

Y porque yo realmente amo, deseo que vosotros améis.

Porque yo realmente siento, deseo que vosotros sintáis.

Porque todas las cosas me son caras, yo deseo que lo sean para vosotros.

Porque yo quiero proteger, vosotros también deberéis proteger.

Y esta es la única vida que merezca vivirse, y la única felicidad digna de poseerse.

IV

Habéis estado escuchándome durante los últimos dos o tres días con el deseo de mirar el mundo a través de mis ojos. Por haber estado yo pensando y sintiendo muy profundamente durante algún tiempo, y por sentir un inmenso cariño, sincero y honrado hacia la mayor parte de los que estáis aquí, quisiera llevaros una vez más, y tan a menudo como me fuese posible, a ese lugar en donde yo encontré mi felicidad, en donde hallé mi verdad.

Pero al hacer esto yo querría daros mi experiencia personal, no porque desee vuestros saludos o vuestro respeto, sino porque tal vez yo podría ayudaros y daros una idea clara de lo que tengo en la mente.

Hace algunos meses, cuando estaba yo en las montañas, lejos de las gentes, entre bosques y arroyos, recuerdo que un día, caminando con un amigo, le dije: «Qué bello lugar es este para meditar». Y sucedió que él se alejó de mi lado, dejándome solo por un minuto, y yo casualmente miré a mi alrededor, contemplando la bóveda formada por los árboles, y entonces, de repente, vi mi felicidad, mi Gurú, mi Instructor, el Instructor de cada uno de nosotros, encaminándose hacia mí. Me parecía ver a través de El todas las cosas, todos los árboles, y me quedé contemplando, asombrado de ver tal maravilla, tal gloria y magnificencia de un modo inesperado, pues no supuse que apareciera en ese momento. Mas, sin embargo, allí estaba El, y cuando me encaminé hacia mi cuarto El iba conmigo, siempre guiándome, siempre mirándome, descendiendo por el angosto sendero que a mi aposento conduce.

Desde entonces ha sido mi Felicidad, mi júbilo intenso mirar todas las cosas a través de El; ver los árboles, los seres humanos, el cielo, todo, en El. Si veía una cosa pequeña, una hormiga, una brizna de hierba o el pez en el estanque, El los llenaba y yo los miraba a través de El. Y teniendo tan intensa felicidad al poseer esa joya, al tener eternamente a ese compañero, sentía que debía cantar y hacer a otros comprender. Eso es una de las cosas más difíciles, hacer a otros comprenderle y mirarle, y hacerles entender que El no está fuera de ellos mismos, lejos, sino que El se encuentra en donde hay un corazón puro, una mente pura, y dondequiera que ha habido incontables contrariedades, innumerables tristezas y dificultades y una inmensa alegría.

Poseyendo ese ungüento precioso que calmará muchos dolores, la otra noche yo permanecía despierto pensando en qué forma podría llevar a otros esa felicidad, y de qué modo podría convencerles de que sólo existe un templo, una iglesia, un portador de luz, un legislador y una verdad. ¿En qué forma podríamos todos llegar al mismo sitio, aunque nos encaminemos por diversos senderos y aunque algunos de nosotros tengan que servirse de postes indicadores, otros de muletas, éstos vayan con los pies sangrando y aquéllos con cuerpos perfectos y tomando los caminos más cortos? Todos debemos llegar algún día adonde El será nuestro eterno Compañero, en donde ya no habrá más alejamiento ni separación; en donde no hay ningún sentimiento de soledad ni la infelicidad se experimenta.

Yo deseo haceros comprender, daros suficiente fortaleza, suficiente comprensión para ver por vosotros mismos las grandes cosas que os rodean. Lo que véis, lo que tenéis, todo es vuestro.

Nadie os lo podrá quitar, nadie podrá arrebataros ese tesoro. Ya no podréis dudar más, ni sentiros en soledad, ni luchar solos, porque le tendréis a El, a quien todo el mundo ansía alcanzar, como vuestro compañero amistoso, que irá con vosotros por dondequiera como un amigo con quien podréis conversar, como un Dios a quien podréis reverenciar. Vosotros no deseáis poseerle para vosotros solos, sino que queréis compartirle con otros. Lo mismo ocurre con la Verdad. Si amáis la Verdad intensamente, pero solamente por ella misma, amáis a todos. Si la Verdad es el único bienestar y vosotros la poseéis, vuestro deseo es compartirla con los demás.

Esa ha sido mi gloria y mi felicidad. Yo he encontrado aquello que he deseado, lo que anhelaba, la única verdad y el altar único, en donde puedo arrodillarme sabiendo que estoy allí por la eternidad, con la certidumbre de que nadie me puede arrebatar mi gloria.

Por esa razón yo quisiera poder dar a cada uno de vosotros la facultad y la fortaleza para ver todas estas cosas por vosotros mismos. Yo puedo daros la inspiración, porque es más fácil para mí, habiéndola conquistado, compartirla con los otros; pero aquellos que no hayan participado de ella no podrán compartirla a su vez. Porque yo he probado ese Reino de la Felicidad, esa única Verdad que vale la pena de poseerse, deseo compartirla con los demás. En esa morada podéis olvidaros de vosotros mismos, de vuestras dificultades, de vuestras tristezas, porque en El están todas las cosas.

Nosotros somos como peces cogidos en una red maligna de cosas transitorias. Pero si vosotros mismos sois los pescadores y el pez y la red y el agua, entonces el mundo de dolores, el mundo que crea la tristeza, el sufrimiento y los placeres efímeros cesa de existir, porque tendréis ya lo que es eterno.

Un día sentí que había perdido lo que yo creía haber encontrado para la eternidad. Y fué una magnífica experiencia, porque, si deseáis crecer, es preciso que se os arrebate por un momento todas aquellas cosas a las cuales estáis adheridos. Durante algunas horas yo perdí mi preciosa joya y no puedo deciros cómo me sentía; estaba medio ahogándome, llorando en mi interior, pasando por la agonía de haber perdido algo que yo poseía; estaba ofuscado, envuelto en Maya y en un estado en que sólo confusión se ve. En seguida salí a buscar a aquel a quien mi alma adora. Repentinamente, cuando yo caminaba, apareció Él frente a un árbol y vi el árbol a través de Él. Fué bueno haberle perdido, haber experimentado esas horas de obscuridad para encontrarle luego, para hallar nuevamente ese Reino de la felicidad, esa verdad. Desde entonces siempre le tengo a Él conmigo. Y viviendo y teniendo mi ser en Él, yo deseo, como todos aquellos que poseen algo precioso en el mundo, compartirlo con todos. Pero yo no deseo que vosotros veáis lo mismo que yo veo, porque vosotros debéis percibir la gloria con vuestros propios ojos, ver su belleza y sentir su gloria a través de vuestros propios corazones. Entonces, lo que poseáis y hayáis creado, será vuestro. Yo os lo digo porque lo sé y porque eso es lo único que merece poseerse. Yo quisiera que viniéseis a ver mi cielo, mi parte en ese jardín, y entonces, una vez que hayáis estado en él, una vez que hayáis disfrutado de esas frescas sombras de eternidad, entonces encontraréis que cualquier cosa que ocurra, o cualquier oscuridad que pase, no dejarán huella alguna. Más bien dejaréis vosotros una marca en el mundo, al construir en vez de destruir, al proteger en vez de matar.

Yo quisiera haceros beber a todos de mi fuente, aspirar ese aire perfumado, de modo que lleguéis a ser creadores, genios que hacen feliz al mundo. Cuando poseais ese Reino no deseareis más el mundo. Seréis la esencia de la espiritualidad, la personificación de Él y seréis siempre consoladores y protectores del mundo.

Por esta razón, debeis despertar; debeis caminar conmigo y seguirme. Yo quisiera que sintiéseis la gloria por vosotros mismos y por vosotros mismos percibiéseis la belleza y adquiriéseis esa joya preciosa. Y luego, cuando la hayais encontrado, podreis hacer a las gentes mirar la realidad, hacerles sentir que vosotros sois la realidad misma y que pueden convertirse en parte de ella.

¿No véis que entonces cesarán todas las luchas, y todas las sectas y todos los temperamentos se unificarán? Vosotros estareis en Él, y Él estará en vosotros. A dondequiera que vayáis, a cualquier país que visiteis, llevareis el bienestar, la felicidad y la iluminación para aquellos que sufren.

Por eso quisiera traeros a mi jardín, invitaros a mi morada y conduciros a ese Reino de la felicidad. Debéis marchar como hombres de experiencia que han pasado por muchos sufrimientos, placeres y dolores. El que camineis con muletas o

a pie desnudo, eso no tiene importancia, siempre que llegueis allí. No importa mucho el que tomeis un sendero u otro, pues todos conducen al mismo Reino de la felicidad.

Cuando no comprendeis, es muy difícil haceros entender y sentir que se trata de una realidad y no de un sueño mío, de una cosa efímera que yo haya creado para incitaros.

Pero si sólo fuese una fantasía, ¿no valdría la pena de poseerla y de crear esa quimera? Pero no es una fantasía de la imaginación, ni una cosa efímera, ni una invención. No es posible inventar esas cosas, imaginar esas cosas, porque ese Reino es algo real; es la morada de la Verdad inmutable.

A vosotros todos, que estáis anhelando, buscando, investigando, aplicando vuestras mentes y vuestros corazones para encontrar esta Verdad, yo os invito a venir y disfrutar; a ser realmente felices en las cosas que hagáis, aun cuando estéis en medio del dolor. Yo la he encontrado, y si un hombre la ha encontrado, miles y millones podrán hallarla de igual manera.

Esta es la única verdad, el único altar, el único templo en que podéis adorar, en donde morareis con la eternidad y conocereis la inmortalidad. Y entonces llegareis a ser verdaderos Instructores, Redentores de la humanidad, amantes del mundo. Cuando sintais y penseis vigorosamente sobre la realidad y vivais para ella y mantengais limpios vuestros corazones para ella, entonces estareis en el Reino de la felicidad y de él podreis salir a bendecir al mundo, que lo necesita.

Por esa razón yo deseo, si es posible, cambiar con vosotros. Tomad todo de mí; llevaos mi corazón, mi mente y todo lo mío; disfrutadlo, comedlo, porque yo podré encontrarlo siempre de nuevo, como ya lo hallé una vez. Son los ciegos quienes necesitan y no los que ya han visto y tienen de sobra. Vosotros no teneis de sobra y yo sí. Vosotros teneis tan poco y yo tengo mucho. Vosotros necesitais y yo tengo más que suficiente. ¿Por qué no cambiar? ¿Por qué no mirar el mundo a través de los ojos de la eternidad? ¿Por qué no sentir el sufrimiento del mundo a través del corazón que es eterno? Una vez que así veais y sintais, ya sólo podréis trabajar y amar. Y cuando trabajeis y ameis, combinando esto con la verdad que es lo absoluto, el olvido del yo, llegareis a ser verdaderos discípulos, verdaderos seguidores, verdaderos amadores.

Antes de comprender, debeis tener ese deseo de ser parte de Él, de ser como Él, de ser como la bella flor del campo. Entonces comprendereis todas las palabras que yo diga y escuchareis mi más leve murmullo.

(Continuará.)

Deberíais fortalecer vuestra voluntad y guiar vuestros deseos para aprender a seguir la voz del tirano. La única manera de escuchar y seguir esa voz, que debe ser vuestra guía constante, es por medio del entusiasmo. Si tenéis este entusiasmo encontrareis que vuestra intuición, esa voz que todos anhelamos escuchar, se convertirá en vuesto amo, la única autoridad para regir vuestras vidas.

«Reino de la Felicidad».—J. KRISHNAMURTI.

La música, síntesis de la actividad moral e intelectual

Por J. JINARAJADASA

Entre todas las artes, es la música la más elevada y completa, por cuanto es la síntesis magnífica de todas ellas.

Siempre que un arte cualquiera alcanza un cierto grado de perfección, se transforma en verdadera música. La arquitectura es la «música congelada», según la bella expresión de Goethe, en tanto que la poesía es la música articulada. La catedral de Milán, por ejemplo, hace pensar en una grandiosa composición musical, en un oratorio plasmado en piedra.

La música, como ningún otro arte, tiene el poder de expresar nuestras emociones con toda su realidad y en toda su plenitud. Y hace más todavía: reúne, por así decirlo, los fragmentos de emociones que con frecuencia se agitan dentro de nosotros y los transforma en una perfecta síntesis emocional.

La belleza y perfección de esta síntesis depende, naturalmente, de nuestro carácter, de la mayor o menor elevación de nuestra alma, del grado de frivolidad o sensatez de nuestra mente.

La música revela lo que somos de un modo mucho más extenso y claro de lo que se piensa. Al dar el artista los primeros acordes en un piano, al arrancar las primeras frases al violín, puede decirse inmediatamente de él quién es como carácter, como fuerza espiritual y moral. En los primeros compases da el artista la nota tónica de su alma, y ninguna técnica, por impecable que sea, podrá disfrazar la pequeñez de esta alma, ni disminuir su grandeza.

Lo mismo ocurre con relación al aficionado. Su técnica y su ejecución pueden dejar mucho que desear, mas, si tuviere el carácter y el corazón bien formados, aquellas deficiencias no impedirían que sus nobles cualidades aparecieran de relieve ya desde los primeros compases.

Nunca olvidaré una observación que hice en Italia, al oír a un tenor de fama.

El joven, antes de estudiar en el Conservatorio de Milán, fué ayudante de jardinero de la familia en cuya casa nos cantó, una noche, varias canciones de amor.

Noté, entonces, que a pesar de haber adquirido una técnica prodigiosa, no había refinado su íntima naturaleza. Su manera de expresar el amor era todavía la de un aldeano, la de un jardinero, como bien lo demostraban las vibraciones de su voz al cantar aquellas estrofas apasionadas.

La música revela el alma del individuo.

Dice Ruskin que en la pintura y en la escultura las obras llevan siempre el sello del espíritu del artista. La pequeñez o la grandeza de su alma está allí de manifiesto en las tintas que esparció por la tela, y en los toques y líneas que dió a la piedra.

Y esto pasa también en todas las artes.

Afirmaba Platón que es posible prever la explosión de una guerra civil por la simple mudanza del gesto musical de un pueblo.

Hubo un tiempo en que el oratorio y el

minueto dábanse las manos con la cortesía. Ahora que tenemos el «ragtime» y el «Tickle-toe», ¿no es lógico que tengamos también extremismo, desasosiego y malestar?

La música tiene el poder de armonizar, de sintetizar la vida para nosotros, siempre que procuremos obedecer las leyes que rigen la vida musical.

La primera de estas leyes nos enseña que depende en gran parte de nuestros pensamientos y sentimientos el auxilio que la música puede prestarnos. Cuanto más elevados y puros sean, tanto mayor será este auxilio.

La segunda ley dice que no hay substancia muerta, y que todo en el universo vive y vibra con mayor o menor intensidad... el aire, la piedra, los propios muebles que adornan nuestras casas.

Y el artista debe acordarse de que las teclas de su piano, las cuerdas de su violín y el aire que hacen vibrar, no son cosas inertes sin vida. Cuando el artista toca en su instrumento, las propias partículas del aire lo conocen y le responden de acuerdo con la belleza o la mediocridad de su alma.

—¿Y el auditorio?

—De la disposición emocional y mental de cada oyente depende en grado sumo el bien que a él en particular y a todos en general, puede hacer la música.

He aquí por qué cada uno de nosotros, artista o simple oyente, debe prepararse para ir a un concierto, con la misma actitud espiritual de quien va a asistir a una conferencia o a una ceremonia de carácter altamente religioso.

En esta forma, el mensaje musical nos dará de la vida una visión más clara y grandiosa.

La historia del Valle de Ojai

POR MARY GRAY

El Valle de Ojai yace rodeado por un muro protector de montañas quince millas alejado de la orilla del mar. Se parece a aquellos protegidos valles en donde coloca la tradición la cuna de la raza Aria. Cuando se pasa la altura de la barrera que lo aparta de la llanura costeña se revela en el fondo el hermoso valle con sus declives y praderas que empiezan en las circundantes montañas.

Hacia el Oeste se levanta el monte Matilija; al Norte, el Nordhoff; las montañas Sulfurosas, al Mediodía; en estas montañas hay un paso entre las colinas del Ojai superior, en donde está el Valle Feliz. Hacia el Este corren las montañas graníticas de Topa Topa, que tienen una altura de 6.351 pies, y los altos picos dejan en la altura una meseta desde donde se dominan las montañas vecinas en un radio de 25 millas. Más allá del alto Ojai corre el camino por el cañón Sisar hasta Santa Paula y al valle del río de Santa Clara en donde vivió Ramona y tuvo su primer encuentro con Alejandro el indio.

El valle mide diez millas de longitud por tres de latitud, y se encuentra como a mil pies sobre el nivel del mar, está acurrucado entre las montañas y colinas. Sus grandes naranjales se extienden como en un inmenso tablero de ajedrez entre los campos en declive. En invierno la nieve rueda por las laderas de los montes, pero en la primavera los naranjos llenan el valle de perfume cuando florecen. Mes tras mes, después de las lluvias invernales, los variados frutales de las huertas van abriendo sus flores. Ya es el delicado florecer del almendro, que forma suaves nubes de flores sobre el verde profundo de las colinas; viene luego el color rosado de los albaricoqueros, y a su debido tiempo los nísperos y los ciruelos.

En primavera, las praderas se alfombran de florecillas silvestres; el naranja de las amapolas del campo, el índigo y el violado de las plantas campesinas que trepan y cubren las colinas.

El calor del verano, que llega muchas veces a 100 grados Farenheit, quema los campos flore-

cidos y cambia su verde en dorado de variados tonos. Sobre este suelo de oro se destacan primorosamente los naranjales verdes con sus frutos maduros todos claros y brillantes. Este es el tiempo de la sequía, y sobre los campos abrasados el calor reverbera. Los grandes sicomoros que bordean el seco arroyo y las protectoras encinas dan bienhechora sombra. Sin embargo, tras los días abrasadores, las noches traen siempre frescura, que empieza a la hora en que las sombras suben arrastrándose por las montañas sobre los campos de oro y los montes se visten de rosa y violeta. Las sombras cuelgan sobre los picachos, el áureo resplandor enciende el occidente y la noche suavemente baja sobre el cañón y los valles.

A la llegada del Otoño caen las lluvias y vuelve la vida al valle, reflorecen los campos y las colinas, y los arbustos y chaparros del monte embalsaman los aires.

* * *

Los antiguos moradores de este valle eran los pieles rojas. Tanto en Ojai como en el alto Ojai, se encuentran muchas reliquias, y la tradición está prendida en algunos de sus más lindos parajes. El mismo nombre de «Ojai» es la españolización de una palabra india que significa «nido». Muchos de los que han visitado Ojai en los últimos años han sentido la presencia del Grande y brillante Ser que cobija este lugar de nacimiento de una nueva raza. Tal vez los indios también se dieron cuenta de este Espíritu Guardián, quien extiende sus alas sobre el valle como un inmenso pájaro, y así llamaron a este sitio «El Nido».

Por largos años los indios consideraron este valle como sagrado; nunca un derramamiento de sangre empañó su santa paz. Aquí venían a buscar alivio a las fuentes termales sulfurosas en los desfiladeros del monte Matilija. Aquí en las altas cumbres del Topa Topa, a donde se llega por peligrosos desfiladeros, sostenían sus consejos; y aun se encuentran huellas de sus viejos campamentos y de sus hogueras. Más abajo de la barrera septentrional se levanta a Roca de la Ballena, una meseta abierta que domina el valle, y aquí también los más sabios de las tribus se reunían para deliberar la paz para el bienestar de sus nacionales. En las deras de las montañas del campamento de la Estrella, los que tienen lo ojos abiertos han reconocido el sitio de una vieja aldea india.

De tiempo en tiempo se descubren restos arqueológicos que determinan las viviendas de los indios, y marcan su etapa de civilización. En los límites del alto Ojai están los cementerios de los indios; y en el antiguo rancho de Bracken, a tres millas del Valle Feliz, había un sitio en que celebraban los indios sus festivales. Hace algunos años que el arado desenterró un gran mortero, una piedra oval en forma de fuente de cuatro pies de largo por dos de ancho. Internándose veinte millas sobre la primera fila de montañas en el país de Pedro Blanco, hace poco un joven, al caerse de un peñasco, descubrió unas cavernas olvidadas en donde había algunas cestas y placas indias. Más hundida entre las montañas, en la tierra de Muthua está sola una gran roca de unos 25 pies de altura, cerca de cuya cumbre hay tres cuevas a las que se llega por difíciles ascensos. Dentro de ellas hay restos de viejas hogueras y en sus muros hay pinturas de animales, símbolos y jeroglíficos coloreados con rojo de ladrillo por los indios. Estos frisos de símbolos coloreados que tienen más de un siglo, conservan sus colores en perfecto estado. Estos deben haber sido mensajes que dejaban los indios para otras tribus, y la naturaleza de sus símbolos demuestran que estos indios estaban relacionados con los de Arizona, que por naturaleza eran devotos y pacíficos.

* * *

California ha sido siempre una tierra consagrada. Hacia 1543, Cabrillo, un explorador portugués al servicio de España, vino a las playas de Santa Bárbara desde México en dos pequeños barcos. Pero hasta 1769, cuando los franciscanos españoles entraron en California viniendo de México, no empezó a aparecer en estas tierras la civilización. En aquella época Fray Junípero Serra, aquella figura amada y romántica, empezó el establecimiento de las Misiones para la educación y conversión de los indios. Muchos de los indios de las costas estaban en una muy degradada condición, se mantenían de la caza y de la pesca exclusivamente. Los franciscanos les enseñaron a cuidar y cultivar las tierras, así como algunas artes y oficios. Las Misiones, de adobe, hechas recordando toscamente las bellezas de la arquitectura hispana, fueron construídas con la ayuda de estos indios convertidos.

Los adobes secos al sol, cortados como toscos ladrillos, servían para levantar muros de tres o cuatro pies de espesor y se revocaban para hacer-

los impermeables y resistentes. Las grandes vigas eran traídas por los indios desde los bosques de los cañones. En el cañón Sisar, a donde llegaron los españoles en 1837, se encontraron una rueda de una carreta de bueyes que abandonaron los indios cuando llevaban las vigas para las Misiones de San Buenaventura. La Misión que queda más cerca de Ojai se llama ahora Ventura.

Fray Junípero Serra construyó la primera Misión en San Diego en 1769, y luego estableció en los siguientes diez y seis años otras diez a lo largo de la costa hacia San Francisco. Más tarde otras diez se construyeron, de tal manera colocadas que de una a otra hubiese una jornada de un día, caminando a pie. El buen Padre viajaba siempre a pie entre los campos haciendo él mismo sus veredas. «A veces—escribe—la mostaza silvestre en la gloria de sus flores doradas me cubre por completo.» Estas veredas por las que él viajaba año tras año para visitar sus Misiones, se han convertido ahora en los caminos y carreteras de California. El Camino Real, que une el Norte con el Sur, corre 300 millas sobre la costa. De cuando en cuando, por las laderas se levantan grandes cruces de madera, testigos silenciosos de la santificación de la tierra por los diligentes y devotos frailes franciscanos. Cada una de estas Misiones se convirtió en el centro de un campamento y empezaron a construirse pequeñas ciudades de casas de adobe. Aquí vivieron los indios cristianos y algunas familias españolas procedentes de México. La vida aquí era devota y tranquila.

Las Misiones prosperaron y se enriquecieron. Repentinamente, los monjes fueron sorprendidos y perturbados cuando llegó de España la noticia de que se amenazaba a las Misiones con la secularización, esto es, confiscación. Aunque no se daba abiertamente la razón, el propósito era el de obtener dominio sobre las iglesias y sus ricas tierras para evitarse el pagar las deudas a las Misiones por sostener la perezosa soldadesca que acampaba allí. Se dieron a los monjes diez años para completar su trabajo con los indios. Al fin de ese tiempo todas las comunidades habrían de ser capaces de gobernarse a sí propias, y el trabajo de los Padres se consideraría terminado y su tutela abolida.

Poco caso se hizo de este decreto de España, y en esta época, hacia 1820, México hacía la guerra de independencia, se libertó del dominio de España y aseguró California.

Sin embargo, en 1824, México mismo emprendió la secularización. Esto marcó el principio del fin del sistema de Misiones. Aunque los franciscanos la combatieron hasta 1833, la secularización se llevó finalmente a cabo. Los monjes decidieron finalmente devolver a los indios la tierra que estuvo bajo el dominio de las Misiones. Esta esperanza resultó, sin embargo, vana. Una vez que se inició la decadencia de las Misiones, su final fué rápido. La mayor parte de los monjes partieron tristemente hacia México, y sus tierras fueron dadas a renta en grandes extensiones. Sólo una Misión ha conservado ardiendo los cirios de su altar, la de Santa Bárbara.

Luego empezó la vida en los grandes ranchos españoles, alegre, hospitalaria y libre. En los patios abiertos de las mansiones de adobe, bajo los árboles, sonaban las cuerdas de las guitarras, el repiqueteo de las castañuelas y los dulces cantares de la vieja España. En las fiestas, las poblaciones se llenaban de color, de músicas, de danzas, y la vida pintoresca y libre de los viejos ranchos españoles se manifestaba en toda plenitud.

En 1848 el Gobierno de los Estados Unidos se anexionó California después de la guerra con México. La bonanza del oro en el 49 trajo muchos norteamericanos, y la antigua romántica y pintoresca vida española gradualmente se fué acabando vencida por la moderna civilización norteamericana y sus métodos. Pero ha dejado sus huellas indeleblemente en las gentes de California, en su amor por los colores brillantes y por la belleza, en su alegría y cordialidad hispanas, en su arquitectura española y en los jardines de deleite, de los cuales decía el Padre Junípero Serra que «sus rosas eran aún más lindas que las rosas de Castilla».

* * *

La historia misma de Ojai está escrita en el siguiente extracto escrito hace treinta y tres años; es un artículo de los archivos del periódico del Valle llamado *El Ojai*.

«El 6 de abril de 1837, al principio del año sexto del mando del Gobernador de México don Juan B. Alvarado, México le concedió a Fernando Tico 17.716,83 acres del territorio de California, con el título de «Rancho Ojai» en el condado de Santa Bárbara. El «Rancho Ojai» de 1837 es el Valle de Ojai del que estoy escribiendo.

»En 1874 el condado de Santa Bárbara se divi-

dió en dos, y Ojai quedó perteneciendo al nuevo condado de Ventura. No hay nada escrito sobre Ojai anterior a 1837. La concesión mexicana a Fernando Tico parece que era legal, pues en los títulos aparece que el 2 de diciembre de 1870, los Estados Unidos de América concedieron patente de propiedad sobre el rancho firmada por el presidente Grant al concesionario mexicano.

»Por una escritura fechada en 25 de mayo de 1853, Fernando Tico y Marta Jesús Tico cedieron todas aquellas tierras situadas en el condado de Santa Bárbara, a una distancia como de 20 millas en dirección nordeste de la iglesia de la Misión de San Buenaventura, que contenía cuatro leguas españolas más o menos, y conocida generalmente por el Rancho o hacienda de Ojai, a Henry Starrow Carnes, por 7.500 dollares.

»El señor Carnes vive aún y reside actualmente en Santa Bárbara, y cedió en junio de 1856 el Rancho Ojai a Juan Camarillo por 10.600 dollares. En septiembre de 1864, Juan Camarillo vendió la concesión a John Bartlett por 17.754 dollares. En septiembre de 1865, John Bartlett vendió la tercera parte a John B. Church por 6.000 dollares, y las otras dos terceras partes a John Weyth por 12.000. Después de 1865 el Rancho fué rápidamente subdividido, y hoy se tiene en pequeñas parcelas.»

Tal es Ojai, semitropical en su clima, caluroso en verano; pero con noches siempre frescas, y que se presta por su temperatura cálida para producir muchas frutas. Se parece algo a España con sus naranjales y sus jardines, y su calor; tiene además, una atmósfera espiritual algo semejante a la de ciertas partes de la India, como si hubiese sido trasplantada a estas tierras occidentales. Esta rara y elevadora condición la observan muchos viajeros. Su paz es enorme, se siente una quietud envolvente y vital que surge del alma. Cuando se pasa la barrera de las montañas guardianas parece que se deja atrás el viejo mundo y que nos encontramos en un jardín en las cumbres del planeta con todo su magnetismo y su nueva condición espiritual manifestada igualmente en los hombres y los animales, en los devas, las flores y los árboles que esperan la venida de la edad prometida en que los hombres vivirán en abundancia y fraternidad.

No sabemos cuál sea el futuro del Valle. No es fácil aquí vivir de la tierra, a menos que sea en gran escala. Se necesitan grandes extensiones de terreno para subvenir a las necesidades de pocas gentes; el agua es escasa y la tierra depende mucho de la irrigación. No hay industrias todavía. Parece que el valle está dedicado a la educación. Ya hay, además de tres escuelas públicas excelentes, tres escuelas particulares que tienen jóvenes de todas partes del continente.

La escuela Thecher para muchachos fundada en 1889, los prepara para las Universidades. Los chicos llevan una vida plácida y tranquila. Cada uno tiene un caballo y es libre para vagar por el valle y las montañas. Hacen frecuentes excursiones a las Sierras Gymkhanas en donde se demuestra la marcada habilidad en montar a caballo, y sobre todo, la paz del valle ayuda a desarrollar las altas cualidades de carácter.

La escuela Valle de Ojai tiene ya seis años, es para niños y niñas de kindergarten y los primeros grados. Tiene el privilegio de tener los servicios de dos bien conocidos educadores: la señora Gudrun Thorne-Thompson y el señor Edward Yoemans. Como escuela progresista llama la atención del mundo pedagógico.

No lejos está una escuela católica que crece también.

Tal vez esté bien que el valle no se extienda muy rápidamente, y los que en realidad son aquí necesarios, encontrarán los medios necesarios. Entre tanto, su paz se va extendiendo gradualmente sobre más y más gentes. Algunos ricos han venido a construir sus casas en las montañas limítrofes, y en el fondo en la ciudad se amontonan casitas pequeñas. Resulta extraño el saber que hace años Charles Nordhoff soñó establecer aquí una comunidad. Famoso por sus trabajos literarios acerca de sus descripciones de los mares del Sur, hizo mucho para dar a conocer el valle. Dió su nombre a una de sus montañas, y por muchos años también a la pequeña ciudad que está en el centro del valle conocido ahora por Ojai. Vió las posibilidades de este remoto valle con sus grandes encinas y sicomoros, y creyó que una gran comunidad podría vivir aquí siendo albergada y cobijada llenando los ideales de amor y cooperación fraternales.

Un gran filántropo, Edward Libby, ya muerto, tuvo la visión de hacer de la pequeña ciudad algo hermoso y único. Hizo que la modelasen los edificios en estilo español con arcadas en la calle principal. Ojai le debe mucho de la conservación de su belleza y el parque que hay en el centro que está destinado para el pueblo. Algunos con-

siderан que esta es la más bella ciudad de California.

Así hace tiempo que se ha marcado su destino; en este valle se han reunido soñadores, idealistas, amantes de la belleza que han venido aquí a señalar el camino y a guardarlo y prepararlo para el futuro.

Santificado y mantenido aparte crecerá el valle. Hace ahora trece años que el primer teósofo, el reverendo Robert Kelsey Walton, fué enviado aquí a preparar el camino; poco después otros vinieron habiendo previsto su futuro y ayudaron a establecer el centro para los días que habrían de venir.

En las noches miro desde mi gran ventana occidental la línea de los aserrados picos de color púrpura contra un cielo de azafrán. En esta hora como un cáliz de amatista el valle está lleno hasta los bordes de silencio. Desde los cañones distantes viene el salvaje aullido del coyote, y desde los árboles distantes el arrullo de la paloma torcaz; y a medida que la envolvente paz del valle llena el corazón, sé que se nos ha permitido venir aquí para que presintamos la paz y la belleza de la nueva tierra que habrá de levantarse.

Padres, juventud y rebeldía

Por SYDNEY FIELD

La tradición aceptada y nunca discutida es la de que los jóvenes, en ningún caso y por ninguna circunstancia, deben manifestar sus ideas y sentimientos acerca de la vida y sus múltiples problemas. No tienen derecho a pensar o sentir cosa alguna que no sea pasada absolutamente por la censura y tenga la aprobación de sus mayores. Los padres, con esa notable cualidad de saber siempre lo que es lo mejor, ya han tomado sus determinaciones, desde antes de nacer el niño, de lo que éste habría de hacer, sentir y pensar durante toda su vida mortal. De acuerdo con sus ideas de moralidad, rectitud, bondad y otras cosas, han fabricado dos moldes de hierro: uno para las muchachas y otro para los jóvenes, y ¡ay de aquel o de aquella que no encajase completamente en su respectivo sarcófago de perfección arquetípica!

El tema favorito de los mayores de que «los niños deben ser vistos y no escuchados» se ha aplicado a los menores cuando ellos más han necesitado y anhelado tener consejo inteligente y sano, pero las leyes de la Naturaleza son exactas. El vapor comprimido debe tener una válvula de escape o se produce una explosión, sin tener en cuenta los servicios prestados antes por la caldera o quien haya sido su hacedor. Los sentimientos y pensamientos reprimidos si no tienen válvulas de escape, estallan igualmente.

Esta explosión en la generación más joven está ocurriendo con terrible escándalo para muchas de las personas mayores, las que en vista de lo inevitable, calman sus temores pensando en que esto pasará. Después de todo, los jóvenes son siempre los mismos; todos tienen ideas necias, pero a medida que crecen, se hacen más sensatos y respetables; esto es lo que dicen los viejos y esto es lo que seguirán diciendo. Sin embargo, los hechos hablan por sí mismos. Esta rebeldía universal de la juventud contra toda autoridad no va a pasar tan pronto, porque no es una simple repetición de una fase de la vida por la que han de pasar todos los jóvenes.

Hay algo muy especial en esta moderna rebeldía de la juventud; una determinación de acción y una independencia de pensamiento en casi todos los jóvenes que, naturalmente, tiene que ser muy desagradable a sus mayores. Los jóvenes quieren conocer la vida por sí mismos; las experiencias no les inspiran temores. Podéis decir que esto no es nuevo, que la juventud ha amado siempre los peligros y la libertad. Cierto; pero ¿qué ha hecho antes la juventud, a pesar de su amor por la libertad y las aventuras? Aquí y allí unos cuantos individuos han sobrevivido bajo la tiranía de la autoridad y la tradición, pero ésta es la primera vez en la historia que la juventud del mundo se ha organizado en gran número con el objeto de crear una más vasta y amistosa civilización. En Europa y América y aun en el Oriente, los jóvenes están empezando a entrar a saco en los santuarios del pasado, asesinando a los viejos dioses.

Interrogando a la vida y exigiendo respuestas inteligentes. Ya los eufemismos vagos, las charlas y conferencias bien sonantes no bastan por sí solas.

Por supuesto que, mirando todo esto desde un punto de vista más impersonal, no se puede por menos de darse cuenta del lado negativo de esta moderna revolución; pero este lado no es, en mi opinión, el mismo que miran aquellos que no saben darse cuenta de lo que pasa más allá de sus narices; esto a veces lo exageran y lo tratan de una manera poco bondadosa, creyendo que la juventud se va a las rompientes a estrellarse. Dicen que los jóvenes han echado por la borda la moralidad, que la Iglesia y los padres ya no tienen influencia sobre ellos, que en lugar de trabajar en sus escuelas y de estudiar la Biblia se escapan a paseos locos, que los diez mandamientos han desaparecido para dejar sitio a un nuevo mandamiento: «No hay más límites que el cielo».

Es obvio que estas opiniones proceden de los llamados «moralistas», y que ninguna persona que piense toma esto demasiado en serio. El moralista, como yo lo entiendo, es un individuo que, sabiendo solamente existir, echa sobre sus hombros la tarea de enseñarnos a vivir; que, habiendo siempre imitado, quiere demostrarnos lo que es crear; y no habiendo conocido nunca la diferencia entre lo bello y lo vulgar, nos dice lo que es moral y lo que no lo es. A mi entender, esta persona es la más inútil y perniciosa de la comunidad.

Los que sostienen que la moralidad ha sido echada por la borda por la juventud, debieran primeramente saber lo que entienden por moralidad, dando de ello ejemplo y no solamente usando de las palabras vacías. No creo que exista una palabra en el idioma que haya sido tan criminalmente explotada como la palabra «moralidad». Empiezo a sospechar que cada uno de los que tratan de darme luces acerca de su misterioso significado, es él mismo un moralista. En cuanto a que la Iglesia haya perdido su magnánima influencia sobre la generación juvenil, eso solamente prueba que los jóvenes están empezando a pensar, y que los mandatos de los padres moralistas ya no pueden ser obedecidos; este es otro signo de su inteligencia. Los paseos locos y los atrevimientos de la juventud son la «bestia negra», pero, después de todo, esta bestia no resulta tan negra como la pintan.

Yo puedo comprender bien, sin embargo, cómo algunos de los más tímidos de entre los viejos están asustados y disgustados de la forma en que sus hijos y sus hijas se conducen. Los padres son como un espectador en una comedia. A veces, disgustados; otras, asustados; después, felices; en ocasiones, tristes; están allí sentados, absortos, contemplando a los hijos que representan a veces el principal papel, y en otras uno secundario en el drama de la vida. «La revolución de la moderna juventud». Se olvidan de que el ladrido de la juventud es más feroz que la mordedura, y que mientras más disgustan a sus padres tan correctos y decentes, mayor es la satisfacción que derivan de ello. Los padres se imaginan al mirar dicha representación que el fin del mundo no está lejano. Pero, por supuesto, que la verdadera comedia ocurre detrás del escenario, entre bastidores, y ésta es siempre mucho más interesante y llena de colorido que la que se representa ante un público tímido y crédulo. Detrás, en los «camerinos», por decirlo así, es donde se hace el maquillaje alegre, y se quitan los trajes de luces que se arrojan a un rincón; ya no se pretende ser un personaje determinado, no hay farsa ni ostentación. Todo el resplandor del sensacionalismo de la impetuosa juventud se desvanece como una bella burbuja y no queda otra cosa que un joven insatisfecho, infeliz, gastado, preguntándose a sí propio para qué sirve todo aquello, con el corazón herido por toda esta farsa y buscando siempre algo mejor. Este cuadro no es imaginario.

Yo estoy bien relacionado con la vida de «entre bastidores» de muchos jóvenes de ambos sexos, y me maravillo, a menudo, de la completa ceguera de muchos padres que van por la vida sin conocer en realidad nada acerca de los individuos que han traído al mundo. Si señaláis simplemente el hecho de hay cosas en la vida de sus hijos de las que los padres no se dan cuenta, esto se toma generalmente por una acusación de faltas a la moralidad, y viene inmediatamente la respuesta llena de indignación: «No, señor; ¡mi hija no es capaz de eso!» o bien: «¡Mi hijo está por encima de esas cosas!» Como si en realidad tuviera importancia el que la hija fuera o no «capaz de eso», o el hijo estuviese por encima o por debajo de «tales o cuáles cosas». Lo que importa, sin embargo, es que la hija y el hijo son dos seres humanos con los deseos, sueños, ambiciones que todos los jóvenes saludables y ambiciosos tienen, y que porque sus padres no se preocupan de ir del otro lado de la puerta que separa el público de los

actores hay una buena cantidad de disgustos y penas.

Antes de considerar lo que creo que es el aspecto negativo de esta rebelión contra los paternales «nos» y las supersticiones eclesiásticas, me gustaría considerar brevemente lo que he visto que ocurre en la religión y en las relaciones sociales. En los nueve años que viví en Hollywood he conocido muchos jóvenes y tengo la opinión de que si se les hubiese dejado solos, un 95 por 100 de ellos no hubiera nunca ido a la iglesia. Muchos van a la iglesia solamente para evitar un conflicto familiar. Hay otras razones también para asistir a la iglesia. Es el mejor lugar para lucir los trajes nuevos, y el sitio de reunión, por excelencia, para los novios que tienen que guardar las fórmulas de la «respetabilidad». Es también el sitio más conveniente para hacer citas y compromisos para la semana siguiente, y luego que es el lugar ideal para participar de la murmuración común.

Puesto que ya las amenazas de la condenación al fuego eterno provocan risa y no temor en este siglo veinte, la religión, o más bien los mayores han recurrido a inventar juegos, bailes, sesiones de cine y reuniones sociales con fines benéficos como medio de tentar a la inquieta escéptica y aventurera juventud para que se mantenga dentro de los muertos, fríos y obscuros muros de las iglesias.

Por vía de experimentación, una vez asistí a una de esas reuniones sociales y no puedo concebir nada más desastrosamente aburrido, más común e increiblemente mediocre que estas reuniones inventadas para vender religión a la juventud. Los bien intencionados, pero equivocados mayores, agotan sus cerebros y sus facultades de inventiva tratando de poner un cebo atractivo y que sepa bien a los jóvenes errabundos y sin Dios; en tanto que éstos, empleando su piedad de manera más efectiva, se ríen cordialmente de la forma cara y elaborada usada por sus mayores para beneficiarlos. Esto resulta tan cómico como patético. Es extraño que estas personas ambiciosas que parecen estar tan preocupadas con el carácter y la moralidad de las nuevas generaciones nunca hayan tratado de cultivar en ellos el amor de lo hermoso. En vez de ello, ejercen las poco cristianas prácticas de hacerlos «buenos».

En las relaciones sociales y asuntos relacionados con la cuestión social, la nueva generación ha demostrado una vez más su genuino deseo de conocer la vida por sí misma y no a través de las creencias pasadas de moda y llenas de prejuicios de sus mayores. Es cierto que en sus excursiones por tierras desconocidas muchos jóvenes se han enredado en complicaciones, pero lo peor es que en este campo de experiencia los padres tienen muy poco que enseñar a sus hijos. La única alternativa que les queda, pues, es la de aprender por sí mismos, que es lo que han hecho y siguen haciendo, con el resultado de que la montaña de falsos pudores, hipocresías y ocultaciones que se había colocado hace siglos sobre la cuestión sexual se empieza a desmoronar. Hay un deseo siempre creciente entre los jóvenes de crear una sociedad más sana e inteligente sacándola de la confusión del presente.

Sé de varios grupos de jóvenes de ambos sexos que celebran reuniones regulares en casa de uno de sus simpatizadores; a veces lo hacen secretamente en el desván o en los sótanos, y allí discuten con inusitada franqueza y honestidad a la vez problemas de interés vital de los que agitan las mentes de los jóvenes, pero que si fuesen manifestados ante los mayores, éstos se apresurarían a reprimirlos. El socialismo, el comunismo y otros aspectos de la vida política son desechados en estas reuniones secretas. Tratan en cambio de asuntos de religión, ateísmo, prohibición, enamoramientos, matrimonio, represión de la natalidad, etc.

Esto en cuanto al lado constructivo de la revolución de la juventud. El lado negativo e improductivo es, en mi opinión, su nivelación. En todos los departamentos de la vida esta nivelación parece ser la nota clave. En las escuelas es, sin embargo, en donde este mal epidémico está haciendo mayor número de víctimas. La originalidad tiene muy poco sitio en la moderna educación; parece que los sistemas han sido desarrollados con el especial propósito de matar toda originalidad. Desde el kindergarten a la universidad, los estudiantes son aprisionados por los libros de texto y una buena cantidad de tradiciones y de supersticiones. Solamente aquellos en quienes el espíritu de rebeldía creadora es genuino e intenso pueden salir sin daño del actual estado de la educación. Es esta nivelación del pensamiento, sentimiento y acciones el lado negativo de la rebeldía de la juventud y el mayor enemigo contra el que tienen qne luchar los jóvenes. Si tal nivelación prevalece, todos los ge-

nuinos y valerosos esfuerzos para crear un nuevo orden de cosas se convertirán en imaginaciones fantásticas del menos práctico de los soñadores.

Cuando Pedro se emborracha solamente porque Juan y Francisco lo hacen, y cuando Ana se tome libertades impropias solamente porque «todas las chicas» lo hacen, la revolución de la juventud degenera en su mediocridad; el galante Lancelot se convierte en un burgués; obedece porque no tiene el nervio de desobedecer, imita sólo porque no tiene la capacidad de crear, está de acuerdo puesto que no tiene la inteligencia necesaria para disentir; interiormente es un infeliz, por más que exteriormente parezca un león. El elemento burgués en la juventud es el peligro que puede dar al traste con la rebeldía.

No ha sido mi intención pintar un cuadro de una juventud empobrecida, de la que se ha abusado, cuyos padres estaban siempre con el látigo en la mano, ni de una juventud moderna conduciendo a la humanidad hacia la utopía moral. Simplemente he querido dar mi opinión en términos generales; hay que tratar muy cuidadosamente de las cosas que cambian constantemente. He querido hablar de lo que tan acertadamente trata el Juez Lindsey con franqueza y claridad, describiéndolo en su *Revolución de la moderna juventud.*

Después de todo, la juventud no es cuestión de edad del cuerpo, sino más bien un estado de la mente. Conozco jóvenes que son viejos y fosilizados sin esperanza de reacción, y conozco viejos que son jóvenes. Es una desgracia que no haya muchas personas de las que tienen muchos años y a quienes estos años les hayan dado aumentada juventud, porque los jóvenes anhelan y necesitan de esos amigos.

LA PRISIÓN DE LA VIDA

Por JOHN A. INGELMAN

Por singular que parezca, aunque la Naturaleza abunda en bellezas y puede darnos una gran sensación de libertad, no presenta un asunto favorito de estudio y de contemplación a la mayor parte de nosotros. Preferimos asociarnos, observar, y tal vez hasta aprender de nuestros prójimos. Este es uno de los resultados de nuestra artificiosa civilización. Limitando nuestra área de acción nos amontonamos y así nos privamos del tiempo y oportunidad necesarios para disfrutar de la vida de la Naturaleza.

Consideremos algunas de las cosas que hemos descubierto acerca de los seres humanos y de su naturaleza.

Vemos primero que todo ser humano puede ser dividido, para nuestros propósitos prácticos, en cuatro partes: primeramente su cuerpo físico, luego su naturaleza emocional y de deseos; sigue el intelecto y finalmente su naturaleza espiritual.

Todos estamos conformes que en la humanidad de la que formamos parte y con la que estamos íntimamente asociados, la naturaleza de deseos y el intelecto preponderan grandemente sobre el cuerpo físico y la naturaleza espiritual.

En los hombres primitivos encontramos que lo más desarrollado es el cuerpo físico, en el hombre semi-civilizado lo que predomina es la naturaleza de deseos, y en las más adelantadas razas de hoy el intelecto está en proceso de constante desarrollo.

Estudiando siempre nuestras propias naturalezas y las de nuestros semejantes, percibimos cuán íntimamente entretejidos están el intelecto evolucionante y la naturaleza de deseos. Nuestros deseos y emociones se consideran como el terreno en el que nuestros pensamientos están enraizados. En otras palabras, nuestros deseos activan nuestras inteligencias dándoles vida para expresarse. La función principal del intelecto en esta etapa parece ser la de esforzarse para explicar los impulsos de esa dinamo, el deseo-emoción.

Por consiguiente, tan sólo cuando nos hayamos desenredado hasta cierto grado de nuestros deseos, podemos ser considerados como racionales y lógicos, y en consecuencia, responsables. Este es un hecho sencillo que con frecuencia olvidamos en nuestros tratos con personas emotivas.

Lo siguiente servirá para ilustrar: todos sabe-

mos cuán frecuente es el ver una cosa inteligentemente y sentir que inmediatamente se nos turba la visión por alguna emoción violentamente despertada. Se sigue de aquí que es importante para cada uno de nosotros la purificación de las emociones. Se ha dicho, y con verdad, que debiéramos tener una sola emoción: la del amor con todas sus derivaciones, simpatía, compasión, etc.

Krishnají nos ha indicado repetidamente que, a menos que tengamos fuertes y puras emociones, no podremos alcanzar la liberación. En el proceso de la purificación y emancipación de nuestras emociones el intelecto es el mayor factor. De él puede bien decirse que puede llegar a ser un excelente amo de un muy peligroso esclavo.

Puesto que nuestras personalidades, tales como las concebimos, están principalmente construídas sobre un falso sentido de los valores, es de este falso sentido del que deberemos libertarnos. En verdad, una gran parte de nuestra conciencia puramente humana está formada por una serie de falsos conceptos de los cuales pensamos como si fuesen cosas reales fuera de nosotros mismos, cuando son únicamente las reacciones de nuestros sentimientos instintivos y egoístas.

Decimos «me gusta esto», «no me gusta eso», «quiero esto», «no quiero tal cosa», y toda consciente reacción en cualquiera de estas cuestiones se transforma en un ladrillo de esta torre que nosotros mismos erigimos en torno de nuestra personalidad para aprisionarla.

Dentro de la torre, el alma se agita inquieta, haciendo esfuerzos vagos para ponerse en contacto con el mundo que la rodea. Los deseos de la personalidad abren boquetes en los muros, en tanto que el naciente intelecto se esfuerza por ampliar esas aberturas para comprender el panorama que se le manifiesta en el exterior.

La porción inferior de la torre formada por las primitivas emociones del prisionero, es la que primeramente es afectada. El pantano que rodea esta torre hace lento el progreso, puesto que el naciente intelecto solamente puede en un principio agrandar las aberturas con el más laborioso esfuerzo.

Pero a través de las edades, el alma hace estallar esta torre usando como dinamita sus propios deseos y siendo ayudada por el intelecto que aclara y amplía el paisaje que se presenta ante la mirada. A medida que el alma se fortalece se llega a las mayores alturas de la torre, y el intelecto, en aumentada actividad, ayuda a este logro.

Se van formando en la torre fila tras fila de ventanas respondiendo al esfuerzo del alma para obtener luz y verdad. Así llega el hombre a esa etapa de su evolución en la que tiene a su disposición el dominio bi-dimensional del mundo de los fenómenos. En esta etapa no hay profundidad en su perfeccionamiento, y ahora sólo se preocupa de los «porqués» y «a dóndes». Se esfuerza en clasificar y marcar todas las cosas, aceptándolas por su valor representativo y sin preocuparse por la forma en que la opinión pública le presenta las ideas, tradiciones, costumbres, credos y dogmas. Su memoria se educa y puede repetir con gran precisión y destreza los pensamientos que emanan de otras torres que tiene cerca y los de las que el tiempo ha demolido y que han quedado entre sus ruinas.

Mirando en torno, encontramos que ésta es la fórmula general para las almas que están aprisionadas en sus torres que ellas a sí propias se han impuesto. Obran, sienten y piensan en una forma automática. Solamente en una etapa avanzada de su evolución empieza el discernimiento a despertar, y entonces descubren que las palabras son abundantes y los pensamientos escasos. Este descubrimiento es seguido por el reconocimiento de un gran caos dondequiera que hay carencia de fundamentales principios guiadores de los esfuerzos, creencias y especulaciones. Luego surge vívidamente la gran verdad ante él, de que mientras el alma no puede crear de dentro hacia fuera, no hará otra cosa que copiar lo que le rodea. También el juzgar antes de que se hayan acumulado suficientes hechos tiende a destruir o a hacerse superficial. Una vez más el elegir antes de haber alcanzado cierta medida de comprensión puede conducir a una elección poco juiciosa.

Gradualmente, sin embargo, el alma, parte por cansancio y parte a causa de sus aumentadas capacidades de percibir, abandonará repentinamente sus muchas ventanas horizontales y abrirá un boquete en la parte superior de su torre.

Y ahora mira de arriba a abajo, comprende, con asombro, que puede abarcar y sintetizar toda la masa de fenómenos que confunde cuando se ven separadamente y los coordina en leyes sencillas y fundamentales, aplicables a toda manifestación.

Encantado de sentir los aires frescos de las alturas y contemplando la visión de las elevadas mesetas, descansado sigue sus trabajos. Ya no dirige su mirada a los paisajes horizontales, sino

que uniendo sus deseos poderosos y purificados para obtener libertad con la cegadora luz de la voluntad, abre más elevadas regiones de su prisión.

Más y más ventanas abrirá, quitará ladrillo tras ladrillo de la torre; hasta que, finalmente, quede libre. Para el alma libertada no existe la torre; llega a realizar que los muros que la formaban eran meras ilusiones que él sólo había construído, una estructura basada en la ignorancia, modelada en la obscuridad, cimentada por la inercia y sostenida por la superstición y las creencias. Sir Edwin Arnold pone en la boca del Buddha estas palabras:

«Muchas casas de vida me han retenido, mientras buscaba a Aquel que forjó estas prisiones de los sentidos hechas de dolor; ¡cuán penoso fué mi incesante esfuerzo!

Pero ahora... He roto tu casa y he rajado el poste que la sostenía, el engaño lo forjó, avanzo en seguridad, voy a obtener mi libertad.»

La casa que él en su ignorancia siempre consideró que se le había forjado desde el exterior, en realidad de él sólo había salido, aunque la luz externa la iluminaba y la dibujaba.

Lo que vos y yo hemos soñado, y quizá en algunos momentos raros de éxtasis experimentado, constituye el reflejo de esa indescriptible sensación de puro deleite que de hoy en adelante debe invadir la naturaleza entera del alma libertada, que ha trasmutado su prisión en una morada de blanco cristal en la que se consuma la unión sublime de la luz externa con la luz interna.

Resuelto está el gran misterio de la diversidad en la Unidad, de la dualidad en el Uno.

El menosprecio de la maternidad

POR JUSTIN POWERS

Además de la ilusión espiritualmente degradante de la moderna actitud sexual, hay todavía otra actitud que, consecuencia de la primera, es, no solamente destructora, sino también lamentable e innecesaria. Trátase de la general evasión de la maternidad y de la irreverencia con que se la considera.

Quienes estudian a los niños delincuentes han observado en ellos una sed y un anhelo intensos de amor maternal. Una madrecita que les diera un poco de su afecto y comprensión, veríase casi ahogada por los ruegos de solicitud, por los brazos que a ella se agarrarían, por las preguntas insistentes y por todas las maniobras características de los niños, que tienden a concentrar la atención ajena y que son, por lo mismo, tan agradables y merecedoras de ternura.

¿Comprenden realmente las madres, los maestros y los sociólogos lo que esto significa? No. Y en su lugar es considerado como parte de las molestias que inevitablemente proporcionan los niños, y por lo cual se les regaña, se les pone a un lado y se les compele generalmente a sentirse solos y abandonados. Sin embargo, mediante la satisfacción de aquella sed con amor y comprensión se abre fácilmente un camino en el alma misma de los niños. Estos ponen lo mejor de su ser en su tierno esfuerzo para hallar aquel precioso amor maternal.

Un estudio psicológico de esta insistente súplica de los niños llevóme a observar que, paralelamente a la general evasión de la maternidad, los niños que van por los malos senderos de la vida carecen de madre en su mayor parte, y el niño de hoy día, más que nunca, está *hambriento del amor de una madre afectuosa.*

¿Cuál es la causa de esta actitud? ¿Por qué son las madres tan poco maternales? Permítasenos retroceder a la causa u origen de esta actitud antinatural de las madres modernas, pues que data del tiempo en que el hombre era señor de todos sus dominios y la mujer su esclava y propiedad. Era en estos días de antaño cuando la mujer no tenía otra esfera de vida que la de esposa y madre. Y en la mente de los hombres esta esfera era un lugar inferior. Tal concepto estaba en concordancia con su autoridad y poder, cosas bajo las cuales el egoísmo de los hombres se endurece en lugar de ablandarse. El poder era derecho y el débil, inferior. Si el hombre hubiese considerado las funciones procreativas como un divino privilegio que exigía su reverencia y protección, el

sentimiento femenil de esposa y madre no hubiera asumido los aspectos de esclavitud e inferioridad de que ha tenido que zafarse últimamente la mujer. La belleza de la maternidad y la dirección de la infancia perdióse en el duro trabajo de esclava y en el agotamiento que representaba para la mujer la satisfacción de las exigencias que el hombre le imponía en nombre de «su derecho». La errónea actitud mantenida durante edades ha desarrollado en la mujer un sentimiento que la mueve a creer que el papel de madre en el presente es de un orden inferior.

Llegó por fin el tiempo en que la mujer se irguió y demandó derechos, así como el pleno reconocimiento de tales derechos. A éstos se les llamó «derechos de la mujer», pero en realidad fueron los derechos del hombre reclamados por la mujer: la libertad y los privilegios que el hombre se había arrogado para él solo mediante leyes que sólo él compuso. Si hubiesen realmente reclamado los derechos de la mujer, los mundos social, económico y moral de hoy día no se dirigirían hacia la condición a que ahora parecen encaminarse.

Al exigir la mujer el voto provocó la arrogancia del hombre que asumiera una superioridad sobre ella. El hecho de que mental o anímicamente no existe el sexo, empezó a ser considerado. Los experimentos efectuados en distintos colegios de los Estados Unidos han demostrado, sin dejar lugar a dudas, que no hay diferencia entre las inteligencias masculinas y femeninas, pero que el interés de la mujer tiende más hacia lo personal y emocional y hacia particulares y determinadas personas, mientras que el interés del hombre tiende hacia lo físico y mental y hacia el trabajo del mundo en general.

Esta es precisamente la diferencia que las leyes de la evolución hicieron necesarias cuando el hombre y la mujer fueron creados. La legislación y la política son cosas de hechura propiamente humana, y la inteligencia que su manipulación requiere puede ser proporcionada por ambos sexos, si bien, en realidad, es labor peculiar y natural del hombre. El sexo *per se* no tiene en la actualidad otra misión que cumplir que no sea el nacimiento de los niños—el problema más importante de este mundo físico—, pues que de este problema depende el futuro de la raza de los hombres y el desarrollo de los egos de este planeta. La equívoca actitud adoptada ante esta fase vital de la vida significa destrucción para todos aquellos que no tienen fuerzas para conquistar la ilusión y hallar la verdad que contiene el principio de vida y evolución.

No es, pues, en la política donde se hallan los reales derechos de la mujer, sino en el hogar, junto a los niños. A sus manos está confiada la formación de los hombres, el moldear la raza. El único derecho que al hombre puede pedir es el de protección y cooperación en la ímproba labor de elevar a la humanidad; en las demás cosas tiene ya la igualdad de derechos.

Hay una ley profundamente determinada en razón de la cual el interés de la mujer tiende más bien hacia lo personal, mientras que el del hombre tiende hacia el trabajo del mundo. Es esta una ley de la naturaleza. La labor del hombre consiste en hacer del mundo un lugar a propósito para que la humanidad pueda prosperar, y el trabajo de la mujer consiste en moldear esta humanidad. En el ejercicio de su poder y autoridad el hombre ha dejado de comprender la grande obligación y responsabilidad que tiene con el mundo y con las madres, y, en general, ha hecho de sí mismo una bestia arrogante en lugar de un padre y un protector.

Al libertarse de la tiranía del hombre y clamar por sus privilegios, la mujer ha obtenido, no solamente su voto, sino también sus vicios. Comparte con él sus ocupaciones mundanas, mas vuelve la espalda a su más real y divina ocupación.

La libertad del hombre encierra un engaño que hace que sobre el duro trabajo que ella tiene que desempeñar vea la mujer proyectada una sombra que lo hace abominable. Si el matrimonio o su liberación, piensa, pueden significar para el hombre placer y satisfación de sus pasiones, ¿por qué no puede tener la mujer los mismos privilegios? Y como resultado de este descontento tenemos ya la evasión del deber y de la responsabilidad, matrimonios de compañía—si hay tal matrimonio—, la sucesión de divorcios y luego... ¡el diluvio!

Con la actitud de auto-satisfacción que adopta el hombre ante las funciones sexuales y la de la mujer para eludir los resultados, las pequeñas almas que nacen del desamor de una pareja tan antinatural, hállanse en su infancia faltas del calor de un afecto y de las maternas caricias y ternuras que tanto anhelan. Es este sentimiento de vacío y desamparo el que saca con mucha frecuencia a los niños de sus hogares para hacerles delinquir.

La enseñanza ha sido confiada a la escuela pú-

blica, y millones de niños son arrancados del lado de sus madres para ser puestos bajo la tutela e influencia de un sustituto que es para ellos un triste remedo del amor maternal. Los mismos maestros, que imaginan conocer a los niños mejor que sus padres, no conocen lo suficiente para reemplazarlos debidamente.

Aprender a leer y a escribir no puede ocupar el lugar de la formación de los caracteres. Las más de estas mujeres con títulos de maestras no han llegado a desarrollar en sí mismas el instinto maternal. Lo tienen todavía en latencia, y, sin embargo, se espera que ellas cuidarán a los niños mejor que sus propios padres. Y así tenemos que a la madre carente de amor maternal la sustituye el maestro, más carente aún.

Toda mujer que haya tenido un hijo siente íntimamente que todo su concepto de la vida ha cambiado, lo mismo biológica que psicológicamente. Su sacrificio, voluntario o no, ha hecho una impresión fundamental en su carácter. Hasta la más pobre entre las madres sabe que se ha operado esta metamorfosis en su naturaleza psíquica, porque la ha sentido profundamente. Y, sin embargo, las leyes del país exigen que nuestros hijos permanezcan durante los mejores años de su existencia bajo el dominio e influencia de mujeres que no saben nada del sentido de la maternidad, que no tienen una comprensión innata de los niños y sus necesidades, lo mismo si son naturales que si son inherentes a su desarrollo.

Cuando los directores de la raza de los hombres se acercan a los Maestros de Sabiduría, entran en contacto con un paternalismo y un amor que se parece en mucho al tipo más fino de maternalidad, y que es la esencia de su evolución con su paciencia, cariño y afán de proteger característicos. Los Maestros aman a sus discípulos como ama una madre a sus hijos, y nosotros nos abandonamos a ese amor con un corazón lleno de confianza y devoción, por cuanto sabemos perfectamente que, hagamos lo que hagamos, siempre encontraremos el mismo amor, la misma paciencia y la misma comprensión en quienes nos guían e instruyen. Es esto idéntico a lo que los niños esperan e imploran de sus padres y que tan pocos de ellos llegan a obtener.

Esta actitud de amor y de maternidad es la que más adecuadamente debiéramos observar con nuestros hijos, y no podrá ser realizada ni comprendida plenamente en tanto que la labor de educar a los niños sea confiada a las escuelas públicas, o mientras se persevere en la actitud de eludir la paternidad y se observe la misma autoindulgencia en los asuntos sexuales. Considerados desde este punto de vista, los hijos serán siempre pequeños vagabundos que se habrán introducido inoportunamente en nuestras vidas y que sentirán el aguijón de no haber sido queridos ni esperados.

¿Cuál es el remedio que a este mal puede darse?

Puesto que el sistema escolar actual posee las riendas del dominio sobre la vida de la infancia, el principio del cambio debiera salir de esta misma institución.

¿Se da en la actualidad alguna enseñanza o curso especial en las escuelas que tenga relación real con la futura paternidad de los niños y jóvenes?

¿Se les han hecho conocer y hallar agradables sus deberes biológicos?

Si nuestros muchachos y muchachas salieran de la escuela superior como madres y padres de familia en potencia, en lugar de ser escolares cultivados a medias, ¿no quedaría modificada esta actitud destructiva? ¿De qué sirve imponer el latín y la geometría a los jóvenes y dejarles tan ignorantes sobre los principios de rectitud, cosa que les lleva tan a menudo ante los tribunales de la infancia por haber delinquido?

A menos que este estado de cosas cambie, continuará existiendo el peligro de la destrucción de la raza de los hombres. Tiene este problema una relación demasiado íntima con el principio de vida para dejar de prestarle la debida atención. Nosotros, como adultos y seguidores de la verdad, buscamos a nuestros protectores invisibles en demanda del amor y consejo que no hemos hallado en este mundo. Y, con toda seguridad, forzamos su paciencia hasta el límite. Demos, pues, a nuestros niños esto mismo que nosotros estimamos tanto, para que puedan desarrollarse de ahora en adelante bajo una nueva y más amorosa visión de la vida. Así en la tierra como en el cielo.

¿Qué debería enseñar la ética?

Por PAUL JOHNSON, Dr. en Medicina

La tradición es la primera maestra de moralidad. «Nuestros padres hicieron tal cosa; esta es la costumbre». Esto para muchas personas primitivas es la más completa explicación de su conducta. Todos nacemos dentro de un grupo social que es nuestro más omnipresente medio de acción. El mundo de naturaleza física, el de las piedras, la madera, las masas de atracción, los cuerpos que caen, etc., está muy distante de la mente humana. En el mundo social es en el que tiene su hogar, y de allí saca el modelo para sus hábitos grupales, sus tradiciones y sus *mores* (costumbres), y este modelo es el que le imprime las características de su vida.

Hay dos maneras de operar de la tradición moral. La primera y más poderosa influencia sobre la mente humana es la actuación inconsciente de la costumbre social. El proceso de imitación se desarrolla tan sutilmente, que el niño repite lo que hacen los mayores un centenar de veces mucho antes de que sea capaz de darse cuenta de ello. Y durante toda su vida el individuo en general se adapta a su patrón social día tras día sin darse cuenta de que lo hace. Esa actitud individual adquiere derecho de vía libre y tiene sobre él poder ilimitado mientras permanece inconsciente de sus costumbres. Si por alguna causa deja de conformarse a este patrón, el conflicto le sacude tan rudamente que le despierta a una nueva conciencia y se ve obligado a elegir un curso de acción. Para estar preparados para esta segunda emergencia debe emplearse el segundo método para hacer efectiva la tradición: el de la enseñanza consciente. Cada grupo adoctrina a sus miembros según el amado código de su costumbre moral consciente. Una generación se convierte en la maestra moral de la que le sigue, y así se forma un interminable puente moral sobre el que pasa la tradición moral de generación en generación. Este método tiene también su poder porque tiene el peso de la antigüedad, la marca del *stato quo* y toda la autoridad del grupo social unido para imponer su mandato. «Este es el camino, marchad por él.»

Al pasar la tradición, la cuestión de qué es lo que se va a enseñar es superflua. La costumbre en moralidad enseñará, por supuesto, el aceptado código del grupo. La cuestión única es: ¿qué han hecho nuestros padres?, ¿cuál es la costumbre? Tan pronto como estas preguntas son contestadas, queda determinado el contenido de esa enseñanza moral, y sólo resta el enunciarla e impresionar a los miembros con ella. En semejante proceder no se toma en cuenta si un miembro determinado tiene dudas de conciencia para su propia certidumbre moral. El solo hecho de poner en duda las tradiciones de su grupo ya lo marca como un herético moral. El no debe razonar: sólo ha de escuchar, aprender y obedecer.

Esta es la historia de la mayor parte de la enseñanza moral de los individuos, y su valor no debe desdeñarse. Una tradición moral es el producto de larguísima experiencia de la raza; una costumbre moral es el resultado del intercambio de los hombres en sus situaciones prácticas, y no debe despreciarse con ligereza. Cuando la sabiduría del pasado cristaliza en un proverbio, las tendencias de un grupo en un lema o la experiencia moral de la raza en un código, no deben ser desechados imprudentemente. El código de Hammurabi, el Decálogo, el Juramento de los Jóvenes atenienses, las Cinco Relaciones de los Chinos, son monumentos de perfectas adquisiciones morales. Determinan valores que los hombres sinceros tienen como sagrados, representan tipos sociales que los hombres justos se exigen unos de los otros.

La aceptación ciega de una tradición moral no es lo que nosotros entendemos por ética. La ética se define, generalmente, como la ciencia de la buena conducta. El objeto de toda ciencia es la investigación, y la ciencia de la vida moral no se resuelve a aceptar ciegamente, sino a investigar atrevidamente lo que es la buena conducta. La

ciencia moderna nace en suelo griego, y el primer concepto de las ciencias básicas surgió del inmortal espíritu de la libre investigación. No hay figura más claramente definida entre los antecesores en línea recta de la ciencia ética que Sócrates, quien se llamó a sí propio «el tábano del Estado». Su afirmación de que «la vida que no se analiza no vale la pena de vivirse» y su método de inquirir persistentemente sobre todas las cosas, representa aún el punto de vista de esta ciencia en su verdadero sentido. La ética tiende a investigar todo detalle de moralidad, a examinar toda tradición moral, a analizar todo acto moral y a investigar todo valor moral.

Es evidente, por esto, que la ciencia de la ética se opone a la aceptación no razonada de la tradición moral. Esto no significa que la ética se oponga a todas y cada una de las tradiciones morales, pero sí significa una definida oposición a la obediencia irreflexiva en todas partes. Su devoción a valorizarlo todo asegura su interés en lo mejor del pasado, pero su devoción a valorizar la verdad se rehusa a admitir que la tradición sea buena simplemente porque es vieja o porque sea costumbre. El rechazar descuidadamente es tan malo como la ciega aceptación, porque esta condición es en todos casos opuesta a la ética. La ética debe lanzarse a una cuidadosa investigación, a un abierto juicio y a la práctica de una conducta razonable.

Al contestar esta cuestión: «¿Qué debiera enseñar la ética?», podemos decir primeramente: *La ética debiera dudar de manera inteligente.* La moral tradicional ha desarrollado un fuerte prejuicio contra la duda como esencia del fracaso moral. El sugerir que debiera enseñarse a dudar parecería mayor locura, porque la duda es una caída, un acto negativo y destructor contra el cual debiera arrojarse todo el peso de nuestra enseñanza para que no se perdiera lo bueno. No hay que negar el elemento de peligro que hay en la duda, pero también hay peligro en tratar de escaparse del temor huyendo apresuradamente ante él. La ética determina, pues, el recibir con calma las dudas y tratar de ver con claridad los aspectos morales.

Lo que ocurre con muchas de nuestras dudas es que son tan dogmáticas y llenas de prejuicios como las creencias irrazonables. Una condenación de todo al por mayor es tan flagrante traición a la verdad como una afirmación de todo. La ética tiende a un discernimiento inteligente entre lo bueno y lo malo. El dudar inteligentemente no es un aspecto de una negación crónica; es un bello arte: el arte del análisis crítico y de la justa valuación. No es un accidente el que en Grecia hayan crecido juntas la edad del escepticismo y la ciencia de la ética. Pero cuando se desarrolla con exceso este espíritu escéptico, la ética y el escepticismo se separan como se separaron Sócrates y los sofistas. El libre espíritu de la investigación se reserva el derecho de criticar sus dudas tanto como sus dogmas para obtener una equilibrada contemplación de la vida. La ética nos enseña a probar todas las cosas, pero también nos enseña a retener lo que es bueno.

La duda inteligente es esencial para el progreso moral. Si cada generación aceptase sin criterio las tradiciones morales de la generación anterior y pasase esas tradiciones sin cambio alguno a la generación siguiente, es fácil ver que no sería posible el progreso. Donde nada cambia, ¿cómo puede surgir algo mejor? Las groseras y feas modalidades de los tanteos primitivos serían aún nuestros más altos modelos de moralidad. Solamente criticando su *stato quo* moral sin temor alguno es como el hombre ha abierto su camino hasta llegar a un mejor futuro moral. Concretará más esta idea el escuchar la confesión de un viejo jefe cazador de Borneo (un salvaje) tal cual nos la ha dado E. W. Hopkins:

«Yo amaba mucho a mi vieja nodriza. Llegó la época en que mi padre me dijo que debería yo ser ya un hombre y matar a alguno. Según la ley, las mujeres viejas y que ya no servían deberían ser muertas. Mi padre me señaló a mi vieja ama; estaba sentada sola. Me dijo que yo era demasiado joven para matar un hombre, pero que debería ejercitarme con ella; me dió mi arco y flechas y me dijo que disparase contra ella. Yo no la quería matar, pero él me dijo que era mi deber. Le disparé una flecha y no le di, pero ella sabía bien lo que yo me proponía hacer. Empezó a llorar. También yo empecé a llorar. Mi padre se enfadó; me dijo que dejase de llorar y que apuntara bien; me dijo que era un mal acto de mi parte el no matarla. Ella había sido para mí como una madre, pero ello no debería importarme. Mi padre me dijo: «Ahora has sido bueno; te has portado como un hombre; has hecho bien.»

(Continuará)